

***Selección de cuentos de
"El rey Bohusch y otros cuentos"***



Rainer Maria Rilke
(1875-1926)

Annuchka

Aquel verano, la señora Blaha, esposa de un pequeño funcionario del ferrocarril de Turnan, Wenceslas Blaha, fue a pasar algunas semanas en su pueblo natal. Era un burgo asaz pobre y banal, situado en la llanura pantanosa de Bohemia, en la región de Nimburg. Cuando la señora Blaha, que a pesar de todo sentíase aún en cierta medida citadina, volvió a ver todas esas casitas miserables, creyóse capaz de una acción caritativa. Entró en casa de una campesina que conocía y sabía que tenía una hija, para proponerle llevarse a la muchacha a su morada en la ciudad, y tomarla a su servicio. Le pagaría un modesto salario y, además, la muchacha gozaría de la ventaja de estar en la ciudad y de aprender allí muchas cosas. (La señora Blaha misma no se daba cuenta muy bien de lo que la joven debía aprender allá). La campesina discutió la proposición con su marido, quien no cesaba de fruncir las cejas y que, para comenzar, se limitó a escupir delante de él a guisa de respuesta. Preguntó por fin:

-Dí, pues, ¿es que la dama sabe que Ana es un poco...?

Diciendo esto, agitó su mano morena y rugosa ante su frente con una hoja de castaño.

-Imbécil -respondió la campesina-. No iremos sin embargo a...

Así es como Ana fue a la casa de los Blaha. Estaba allí frecuentemente sola durante todo el día. Su amo, Wenseslas Blaha, está en su oficina, su ama hacía jornadas de costura afuera, y no había niños. Ana estaba sentada en la pequeña cocina oscura, cuya ventana se abría sobre el patio y aguardaba la llegada del organillo. Sucedió cada tarde antes del crepúsculo. Se inclinaba entonces lo más afuera posible por la pequeña ventana y, en tanto el viento agitaba sus cabellos claros, ella danzaba interiormente hasta el vértigo y hasta que los muros altos y sucios parecían balancearse uno frente al otro. Cuando comenzaba a empavorecerse, recorría toda la casa, descendía la escalera sombría y desaseada hasta los despachos ahumados donde algún hombre cantaba en los comienzos de una borrachera. Por el camino, encontraba siempre a los niños que vagabundeaban durante horas enteras en el patio, sin que sus padres advirtieran la ausencia de cada uno de ellos y, cosa extraña, los niños le pedían siempre que les contara historias. A veces hasta la seguían a la cocina. Ana se sentaba entonces junto al horno, ocultaba su cara vacía y pálida entre sus manos y decía: "Reflexionar". Y los niños aguardaban con paciencia un rato.

Pero como Annuchka continuaba reflexionando hasta que el silencio en la cocina oscura les causaba miedo, los niños escapaban y no veían que la muchacha se ponía a llorar, con una quejumbrosa dulzura, y que la melancolía la tornaba menuda y lastimosa. ¿Qué recordaba?

No se hubiera podido decirlo. Quizás hasta los golpes que recibió allá lejos. Con frecuencia no sabía qué cosa indefinida que había existido un día, a menos que sólo la hubiera soñado. A fuerza de reflexionar cada vez que los niños la invitaban a ello, lo recordaba poco a poco. Al principio era rojo, rojo, después había una muchedumbre. Y luego una campana, un fuerte sonar de campana, y enseguida: un Rey, un campesino y una torre. Y ellos hablan: "Querido Rey", dice el campesino. . . "Sí", dice entonces el Rey con una voz muy altiva. "Lo sé". Y en efecto, ¿cómo un Rey no sabría todo lo que un campesino puede tener que decirle?

Algún tiempo después, la mujer llevó a la muchacha a hacer compras. Como se aproximaba Navidad y era el anochecer, las vidrieras estaban muy bien iluminadas y guarnecidas de abundantes cosas. En un almacén de juguetes Ana vio de pronto su recuerdo: El Rey, el campesino, la torre. . . ¡Oh! y su corazón latió más fuerte que el ruido de sus pasos. Pero apartó ligero los ojos y, sin detenerse, continuó siguiendo a la señora Blaha. Tenía el sentimiento de que no debía ya traicionar nada. Y el teatro de muñecas quedó atrás de ellas, como si no lo hubieran advertido. En efecto, la señora Blaha, que no tenía hijos, ni aún lo había visto.

Un poco más tarde, Ana tuvo su día de salida. No regresó al anochecer. Un hombre que ya había encontrado abajo, en el café, la acompañó, y ella no se acordaba más exactamente adonde la había llevado. Le parecía que había estado ausente durante un año entero. Cuando, fatigada, volvió a encontrarse en su cocina en la mañana del lunes, esta le pareció aún más fría y más gris que de costumbre. Aquel día rompió una sopera, lo que le valió violentas reprimendas. Su ama ni siquiera advirtió que no había regresado por la noche. Con el tiempo, hacia el nuevo año, durmió afuera todavía durante tres noches. Luego cesó de pronto de pasearse a través de la casa, cerró temerosamente la vivienda y dejó de aparecer en la ventana aun cuando tocase el organillo.

Así se deslizó el invierno y comenzó una pálida y tímida primavera. Es una estación muy particular en los patios interiores. Las moradas están negras y húmedas, pero el aire es luminoso como lino frecuentemente lavado. Las ventanas mal limpiadas arrojan reflejos temblorosos y ligeros copos de polvo danzan en el viento, descendiendo a lo largo de los pisos. Se escuchan los ruidos de la

casa entera, las cacerolas resuenan de un modo distinto, su sonido es más claro, más penetrante, y los cuchillos y cucharas hacen un ruido diferente.

Por aquel tiempo, Annuchka tuvo un niño. Fue para ella una gran sorpresa. Después de sentirse durante largas semanas densa y pesada, aquello escapó de ella una buena mañana y fue en el mundo, venido Dios sabe de donde. Era domingo y aún dormían en la casa. Contempló un instante la criatura sin que su rostro se alterase en lo más mínimo. Apenas si se movía, pero de pronto una voz aguda brotó de su pequeño pecho. En ese mismo momento llamó la señora Blaha y los resortes del lecho crujieron en el dormitorio. Annuchka cogió entonces su delantal azul que estaba todavía tirado sobre la cama, ató su cintas alrededor del pequeño cuello y depositó el paquete en el fondo de su maleta. Enseguida pasó a las habitaciones, abrió las cortinas y se puso a preparar el café.

Uno de los días que siguieron, Annuchka hizo la cuenta de los salarios que había recibido hasta entonces. Eran quince florines. Cerró de inmediato su puerta, abrió la maleta y puso el delantal azul, que estaba pesado e inmóvil, sobre la mesa de la cocina. Lo desanudó lentamente, contempló la criatura, la midió desde los pies hasta la cabeza con ayuda de un centímetro. Enseguida volvió a poner todo en orden y se fue a la ciudad. Pero-¡ qué lástima!-el Rey, el paisano y la torre eran mucho más pequeños. Se los trajo sin embargo y, con ellos, otros muñecos más. A saber: una princesa con rojos y redondos lunares en sus mejillas, un viejo que llevaba una cruz sobre el pecho y que se asemejaba a San Nicolás a causa de su gran barba, y dos o tres más, menos bellos y menos importantes. Además, un teatro cuyo telón subía y bajaba a voluntad, descubriendo o disimulando el jardín que constituía el decorado.

Annuchka tenía por fin en qué ocuparse durante sus horas de soledad. ¿Qué se había hecho de su nostalgia? Levantó ese maravilloso teatro (había costado doce florines) y se puso detrás, como corresponde. Pero a veces, cuando el telón estaba alzado, corría delante del teatro y miraba los jardines, y entonces la cocina gris desaparecía detrás de los grandes árboles magníficos. Luego retrocedía algunos pasos, tomaba dos o tres muñecas y las hacía hablar según ella lo entendía. Nunca era una pieza verdadera; las muñecas se hablaban y se respondían; también ocurría a veces que dos muñecas, como espantadas, se inclinaban súbitamente una delante de la otra. O bien todas hacían una reverencia al anciano

que no podía doblarse, porque era enteramente de madera. Por esto es que la emoción en esas ocasiones la hacía caer de espaldas.

El rumor de los juegos a los cuales jugaba Annuchka corrió entre los niños. Y bien pronto las criaturas del vecindario, prudentes al principio, después más y más confiados, aparecieron en la cocina de los Blaha, parados en los rincones cuando la noche comenzaba a caer y sin perder de vista los bellos muñecos que repetían siempre las mismas cosas.

Un día Annuchka dijo, con las mejillas enrojecidas:

-Tengo todavía una muñeca mucho más grande.

Los niños temblaban de impaciencia. Pero Annuchka parecía haber olvidado lo que acababa de decir. Dispuso todos sus personajes en el jardín, apoyando contra los bastidores las muñecas que no podían sostenerse por sí mismas de pie. En esa ocasión apareció una suerte de arlequín de gran cara redonda que los niños no recordaban haber visto nunca. Pero su curiosidad se sintió picada más aún por todo ese esplendor y suplicaron que les mostrara la "¡muy grande! ¡Tan sólo una vez la "muy grande"! ¡Tan sólo por un momento la "¡muy grande"! Annuchka volvió junto a su maleta. La noche caía. Los niños y las muñecas estaban de pie, frente a frente, silenciosos y casi parecidos. Pero desde los ojos muy abiertos del arlequín, que parecía aguardar algún espectáculo espantoso, se expandió de pronto un miedo tal sobre los niños que, exhalando gritos, huyeron sin excepción.

Llevando un gran objeto azulado en sus manos, reapareció Annuchka. De súbito sus manos se pusieron a temblar. La cocina, abandonada por los niños, estaba extrañamente vacía y silenciosa. Annuchka no tenía miedo. Se rió suavemente y derribó el teatro de un puntapié, después pisoteó y rompió las delgadas tablitas que habían figurado el jardín. Y enseguida, cuando la cocina estuvo sumergida en la noche, dio una vuelta por ella y partió el cráneo a todas las muñecas, incluso la grande azul.

FIN

El Fantasma

El conde Pablo pasaba por irritable. Cuando la muerte le arrebató prematuramente su joven esposa, lo arrojó todo tras ella: sus propiedades, su dinero y hasta sus queridas. Servía entonces en los dragones de Windischgrätz.

El barón Stowitz le dijo un día:

-Posees la boca de la difunta condesa.

Esas palabras conmovieron al viudo. Desde entonces, tenía siempre un vaso de vino al alcance de la mano. Parecíale que era el sólo medio que tenía de ver esa boca amada llegando constantemente a su encuentro. El hecho es que dos años más tarde ya no le quedaba ni un cobre.

Sin embargo, cuando un día nos encontramos, por azar, en la vecindad de uno de los dominios de familia de Felderode, el conde nos invitó a acompañarlo.

-Es necesario que os muestre el lugar de mi dicha -declaró y, volviéndose hacia las damas-: El sitio donde se ha deslizado mi infancia.

Un lindo atardecer de agosto llegamos en gran número a Gran-Rohozec. El buen humor del conde nos había demorado. Estaba chispeante de espíritu. Nos sentíamos encantados los unos con los otros y no adelantábamos. Al fin decidimos, pues la hora de las visitas había pasado, ir al castillo recién al día siguiente y asistir a la puesta del sol desde lo alto de la ruina.

"¡Mi ruina!" exclamó el conde, y parecía envolver su esbelta silueta en esas viejas murallas como en una capa de oficial. Tuvimos la sorpresa de descubrir allí arriba un pequeño albergue, y nuestro humor se puso más alegre aún.

-Estoy apegado a esas viejas piedras con todas mis fibras-proclamó el conde Pablo, yendo y viniendo detrás de las almenas del torreón.

-¿Te han anunciado para mañana nuestra visita a allá abajo?

Y una voz de mujer inquirió:

-¿A quién pertenece ahora Gran-Rohozec?

El conde hubiera hecho, de buen grado, oídos sordos:

-¡Oh, un excelente joven!... Financista, naturalmente... Cónsul, o no sé qué.

-¿Casado?-preguntó otra voz de mujer.

-No, provisoriamente acompañado por su madre -respondió el conde riendo.

Después encontró excelente vino, encantadora la compañía, regia la tertulia, y grandiosa su idea de venir aquí. Entre tiempo, cantó romanzas italianas, no sin pathos, y danzas campesinas ejercitándose en hacer los saltos necesarios.

Cuando al fin cesó de cantar, juzgué bueno dar la señal de partida. Pretextamos fatiga, lo comprometimos a quedarse una corta hora más en "su ruina" y en cuanto a nosotros bajamos al albergue del pueblo.

Nuestro camino pasaba delante del castillo que, aquella noche, desafiaba la oscuridad por todas sus ventanas. El cónsul ofrecía justamente una recepción.

Era casi media noche cuando los últimos carruajes abandonaron el parque. La madre del cónsul apagaba las candelas en el vestíbulo entreabierto. Cada nuevo paño de oscuridad parecía formar cuerpo con ella. Ella se tornaba de más en más informe a medida que desabotonaba su vestido de raso de talle demasiado estrecho. Parecía ser la oscuridad misma, que no tardaría en colmar el castillo por entero.

También el hijo iba y venía, puntiagudo y anguloso como un torpedo; se hubiera dicho que buscaba retener a su madre al borde de las tinieblas. En realidad se movía a causa de la frescura. La madre y el hijo se cruzaban muy a menudo delante del fastuoso espejo que tenía prisa por arrojar aquella madeja de pliegues y de miembros. Estaba halagado por las imágenes que había reflejado esa noche: dos condes, un barón, numerosas damas y señores muy presentables. ¿Y ahora querían que se aviniera a ese cónsul negro y enclenque?

Indignado, el espejo mostraba al nuevo castellano su propio rostro. Era una figura asaz mezquina. Sin embargo el interesado la juzgaba muy nueva e intacta.

Entre tanto, también la madre había callado. Estaba como encogida en un rincón de la pieza, y sólo al cabo de algunos instantes el cónsul se explicó el entrechocarse que emanaba de ella.

-Mais laissez donc, les domestiques. . . exclamó él, en francés, de pie ante el espejo, cuando hubo comprendido.

Luego se olvidó y tradujo él mismo:

-¿Qué van a pensar las gentes? ¡Deja pues eso, mamá! Vete a acostar, llamaré a Federico.

Esta última amenaza tuvo un efecto decisivo. Era una suerte haber conservado al antiguo mayordomo del conde. Si no, cómo se hubiera logrado organizar esa comida. Nunca se sabía qué vestidos

se debía poner, y habían tantos otros problemas del mismo género. En todo caso algo era cierto, en ese momento: no debe contarse por sí misma la platería, ¿verdad?

"De modo que deja eso, mamá, te lo ruego".

La opulenta matrona en raso negro se retiró. En el fondo, despreciaba un poco a su León. ¿Por qué no había adquirido un título más reluciente y cuyo brillo se reflejara también sobre ella?

"¡Cónsul! ¿Y yo?"-se decía-. Era vergonzoso. Sin embargo se retiró. León descuidó vigilar sus manos y las encontró de pronto ocupadas en manipular cucharas de plata. "25, 28, 29", contaba, como si hubiera recitado versos. Oyó de súbito un grito penetrante. "¿Qué es lo que pasa?" -exclamó-, con grosería, como si estuviera detrás de un mostrador de mercader.

"30, 32", contaba maquinalmente.

No habiendo recibido ninguna respuesta, comprendió que sólo podría contar hasta la tercera docena y, rechazando la 35, atravesó corriendo el salón amarillo, el salón de juegos y el salón verde.

Ante la puerta acristalada que se abría sobre el dormitorio de su madre, estaba desplomado una forma negra. Era ella, la mujer sin título. Gemía. Intentó primero reanimarla; pero de pronto renunció a esa tentativa y, espantado, miró a través de los cristales de la puerta. Como luchando contra la penumbra, una alta y blanca forma se adelantaba tanteando a lo largo de la pared, se inclinaba, se hundía en las tinieblas, luego reaparecía, imprecisa como un enorme fuego fatuo.

León comprendió, no por un razonamiento, sino por el miedo que experimentó, que aquello era aparentemente algún difunto y lejano abuelo de los Felderode; después

pensó que ese hecho sin precedentes era particularmente peligroso porque no se había borrado el escudo de armas condal del techo ni de las sillas. Ese fantasma no podía, pues, sospechar que el castillo había sido vendido. De ello se seguirían complicaciones interminables. A pesar de la rareza del acontecimiento, el cónsul olvidó durante algunos instantes su propia situación y examinó todas las posibilidades. Una aparición diabólica, tal fue su conclusión. Lo que dura un segundo pensó en precipitarse en la capilla del castillo, pero advirtió que era demasiado novicio y muy inexperto en las cosas del cristianismo para mostrarse a la altura de una situación tan difícil.

En el mismo instante en que recibió a su pobre madre entre sus brazos, la decoración cambió en el interior de la pieza. Se oyó pronunciar una suerte de violenta fórmula mágica y de inmediato la

bujía ardió sobre la mesa de noche. El fantasma se tendió en el lecho y pareció materializarse estrepitosamente, porque sus gestos se tornaban más y más humanos y más comprensibles. León se sintió de repente tentado de estallar en una gran risa y se descubrió agudeza.

"¡He aquí otra de esas virtudes aristocráticas! Cuando nosotros nos morimos, estamos bien muertos. Pero esas gentes hacen como si nada hubiera pasado, todavía cinco siglos más tarde".

Llegó hasta demostrar maldad:

"Naturalmente, antaño esos señores sólo eran vivos a medias; ahora son sólo muertos a medias..."

Juzgó esta observación tan notable que quiso con fines útiles comunicarla a su madre. Esta recobró el sentido al tiempo preciso para ver al fantasma sacar las sábanas de noche de debajo de la almohada y arrojarlas a lo lejos, como al mar. Estuvo a punto de desvanecerse otra vez, pero su sentido moral ganó terreno y exclamó: "¡Qué individuo grosero! ¡Friedrich, Johanna, August!" Luego asió a su hijo por el brazo, haciéndole atragantar su buen humor, y lo apremió:

-¡Ve ahí, León, agarra la pistola y ve ahí!

León sintió doblárseles las rodillas.

-Enseguida-gimió con una voz seca-, empujando con las dos manos la puerta que cedió. Pero una mano se alzó del lecho, como en un gesto de advertencia, se elevó, se cernió y volvió a caer sobre la candela que murió humildemente.

En el mismo instante, el viejo Federico apareció en el umbral del salón verde. Llevaba ante sí un pesado candelabro de plata y permaneció en una posición de espera absolutamente inmóvil tanto tiempo como la madre del cónsul continuó rugiendo:

"¡Qué individuo grosero! ¡Qué individuo grosero!"

En cambio, León demostró oportunidad y coraje. Se expresó más claramente:

-Un extraño, Federico, un ladrón sin duda, se esconde en la habitación de la señora. ¡Ve ahí, Federico! Vuelve a poner orden ahí adentro llama gentes. Yo no puedo ..."

El viejo mayordomo se dirigió prestamente hacia la habitación hundida en la sombra. Marchó, por así decirlo, en pos de las últimas palabras del cónsul. Los otros le siguieron con los ojos, ansiosos e impacientes.

Federico asió el cobertor del lecho e iluminó con un gesto brusco el rostro del hombre tendido. Sus movimientos eran tan enérgicos que León se sintió capaz de heroísmo y gritó con una voz estridente:

-"Echa eso afuera... ese miserable... ese holgazán..." Trataba de excusarse a los ojos de su madre con su cólera.

Pero Federico estuvo de pronto ante él, rígido y severo como un tribunal. Tenía puesto un dedo atento sobre sus labios discretos. Con ese gesto expulsó suavemente a su amo del dormitorio, volvió a cerrar con cuidado la puerta acristalada, hizo caer la mampara, y apagó despaciosamente las cuatro bujías del candelabro, una tras otra. La madre y el hijo acompañaban todos sus gestos con mudas interrogaciones.

Entonces el viejo servidor se inclinó respetuosamente ante su amo y anunció, como se anuncia una visita:

--Su Excelencia el conde Pablo Felderode, comandante de caballería retirado.

El cónsul quiso hablar, pero le faltó la voz. Se pasó varias veces el pañuelo por la frente. No se atrevía a mirar a su madre. Pero sintió de pronto que la anciana le tomaba la mano y la retenía dulcemente en la suya. Esa pequeña ternura lo conmovió. Ella unía a esos dos seres y los elevaba por encima de la vida cotidiana, haciéndolos participar un instante del destino de todos aquellos que están sin hogar.

Federico se inclinó otra vez, más profundamente que antes, y dijo:

-¿Puedo hacer aprestar las habitaciones de los amigos?

Enseguida apagó la luz en el salón verde y siguió a sus amos caminando sobre la punta de los pies.

FIN

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

